

pudieron alguna vez conciliarse, las eternas contradicciones de su espíritu con la armonía infinita de los mundos.

Se ha criticado el *Emilio* como obra de utopía y de ingenua credulidad. Se ha dicho, y con razón, que, esclavo de sus principios y obligado por ellos más que dirigido, tuvo Rousseau que llegar a exigir a la vida social un imposible.

El problema irresoluble que su tesis plantea no es el de encontrar un discípulo, sino el de hallar un profesor. (¿Acaso no existe esta dificultad material en todos los sistemas educativos que se conocen?) Y el verdadero error de Rousseau no estuvo en exigir al educador ciertas virtudes difíciles, sino en creer que era imprescindible encontrar un ayo para cada discípulo. Considerando, como es menester, que hacer de cada padre un pedagogo es casi un imposible, se convierte la doctrina de Rousseau en una doctrina aristocrática, formulada para vástagos de familias acaudaladas y elegantes. De mayor trascendencia que este error de perspectiva, son las equivocaciones incontrovertibles que surgieron a propósito de la religión y de la moral. Juan Jacobo hace que *Emilio* llegue a la moral como al término de un viaje; lo va desnudando, poco a poco, de la experiencia morbosa de los instintos y de la tradición, porque sabe que nadie es más esclavo que el esclavo de su propia libertad.

El descubrimiento de Dios es para Emilio algo parecido a la solución de un problema complicado, *lo encuentra como producto del progreso metódico de sus ideas*, no por ese divino arrancarse de sí propio, que con su inmenso dar lo abarca todo, no por ese tenderse a vivir sobre las cosas y filtrarse en ellas y junto con ellas renovarse y morir que es la “*apercepción sintética*” de que habla Kant!

La religión de *Emilio* es, como toda su educación, un verdadero invento, logrado por independencia de espíritu, impuesto por despotismo de voluntad.

En la profesión de fe del vicario de Saboya, junto a páginas inmortales que nunca se elogiará tanto como se merecen, hay otras plagadas de prejuicios, origen y causa de las arbitrarias exaltaciones jacobinas y de los gestos hipócritas de Robespierre.

Hemos llegado, finalmente, al límite peligroso de nuestro asunto. Con Robespierre y con los suyos, la fama de Rousseau, de pura y diáfana que era, se hace hostil y pecadora. Consecuencia, en verdad, de sus arranques impetuosos y de sus imprevisiones elocuentes fueron muchos de los grandes crímenes de la revolución. Gracias les sean dadas, no obstante, por su ingenuo amor a lo que supuso verdad y fué mentira, a lo que ensayó construir y cayó en ruinas; compensen, dentro de nuestro espíritu, sus excelentes esfuerzos lo que no logró su labor asidua y honda. Por sus defectos más que por sus cualidades, por sus errores más que por sus aciertos, Emilio, discípulo de Rousseau habrá de parecerse a su maes-